

*En este mes de febrero la Central Unica de Trabajadores celebró sus doce años de existencia. Por su carácter, la CUT es un factor dinámico, vigente, decisivo, en el proceso de la lucha social. Sus fines son substancialmente, los mismos de la clase que agrupa y representa como dirección sindical, fines trascendentes que persiguen la transformación de la sociedad "de modo que asegure definitivamente —como lo dice su declaración de principios— la justicia social, la libertad y el bienestar de los asalariados".*

*Por eso miente "El Mercurio", en su edición del domingo 14, cuando, rasgándose las vestiduras, afirma que la CUT "escamotea" su verdadero papel en nuestra democracia social (sic). En la dinámica del desarrollo histórico de la comunidad chilena, la CUT y los sindicatos son algo más que órganos de defensa de los intereses meramente económicos de los trabajadores. Al luchar por la emancipación total de los asalariados se colocan a la ofensiva, en la ruta del poder, junto a la vanguardia política del movimiento popular. El economismo ha sido echado al desván de los trastos viejos. Los trabajadores han comprendido, por fin, que mientras el poder político esté en manos de la burguesía, nada podrán esperar: ni justicia social, ni libertad, ni bienestar.*

*¿A qué, pues, vienen los pudores hipócritas de "El Mercurio"? En un cable que publicó ese mismo diario, el 30 de enero, desde Chicago, transcribe algunas declaraciones del sacerdote jesuita Roger Vekemans, sobradamente conocido en Chile como jefe del estado mayor ideológico y estratégico de la democracia cristiana. El padre Vekemans participaba por aquellos días, en una reunión anual del Programa Católico de Cooperación Interamericana. Refiriéndose a lo que él llama "la inquietud revolucionaria en nuestro continente", dijo que "la acción social de la Iglesia es la única respuesta al problema". Ahora bien, la acción social de una institución como procedimiento para resolver una "inquietud revolucionaria" implica, en los hechos, una conducta política. Si la iglesia católica se arroga esta misión política, ¿cómo no ha de ser de la naturaleza misma de la organización de los asalariados una actitud permanente de lucha, en todos los planos, contra el gobierno reaccionario y demagógico, contra la burguesía capitalista y contra el imperialismo norteamericano, generoso anfitrión de los padrecitos "revolucionarios" y verdadera causa de "la inquietud revolucionaria en nuestro continente"?*

*Hay que advertir, de paso, que el sacerdote Vekemans no sólo actúa como eminencia gris en las bambalinas de la dirección política del par-*

tido demócrata cristiano y del gobierno. El maneja la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC) desde su estratégico cargo de administrador del instituto conocido como DESAL, que funciona en Santiago. Respecto de este organismo vale la pena constatar que se trata de una filial del Instituto Eichholtz, organización manejada por el partido demócrata cristiano alemán y, a través del cual, el gobierno de Bonn canaliza el dinero de su fondo educativo y de desarrollo.

CLASC ejerce bastante control sobre el departamento sindical del partido demócrata cristiano criollo, básicamente debido al poderoso apoyo financiero que le brinda. He aquí el origen de la principal amenaza que se cierne sobre la unidad del movimiento organizado de los trabajadores chilenos; si hay una materia que debe preocupar, por sobre todas, a los dirigentes responsables de la CUT es, precisamente, esta: la forma de encarar con éxito las maniobras de los fraccionalistas sindicales, maniobras en que la duplicidad y el disimulo jesuitas son los instrumentos principales.

En sus doce años de existencia, la CUT ha sabido desprenderse de la rémora del caudillismo y la confusión ideológica, ha eliminado a los agentes provocadores que nunca faltan en el movimiento sindical. Orienta, hoy, su acción bajo la responsabilidad de tendencias que agrupan a los sectores mayoritarios de la masa asalariada. En estos últimos doce años, el movimiento obrero organizado ha encontrado en sí mismo la clave de su fortaleza. Es la lealtad recíproca, la confianza, la camaradería fraternal de sus cuadros dirigentes, la colaboración abnegada y responsable de las federaciones, sindicatos y asociaciones que forman la CUT.

Un gobierno demagógico, comprometido hasta los tuétanos con la reacción y el imperialismo, exige, más que nunca, ser enfrentado, en el terreno de los conflictos sociales, por una central de trabajadores unida y combativa. Cada día que pasa la crisis se hace más aguda; cada día que pasa los asalariados deben luchar con mayor ímpetu, con mayor conciencia de sus intereses de clase, con mayor decisión.

Veamos, por ejemplo, lo que ocurrió ese mismo día en que se celebraba el décimosegundo aniversario de la CUT.

Las comisiones unidas del Senado discutían el viernes 12 el proyecto de reajustes. Los senadores demócratacristianos, aliados a sus colegas del frente democrático, rechazaron sistemáticamente todas las enmiendas al proyecto introducidas por los diputados de los partidos populares. Estos artículos eran de gran importancia para los trabajadores chilenos: corregían injusticias que mantienen vigentes las leyes actuales. Así, fueron eliminadas la sindicación campesina, la limitación de la jornada en el campo a ocho horas, la sindicación de los trabajadores del Estado, la jubilación de los imponentes del Servicio de Seguro Social a los sesenta años de edad.

Senadores demócratacristianos, conservadores, liberales y radicales sellaron un pacto sagrado para impedir la consagración legal de derechos inalienables de los asalariados. Los campesinos, los trabajadores del Estado, los obreros agotados por decenas de años en las más duras faenas, confirman hoy, una vez más, la naturaleza embustera, dema-

gógica e irresponsable de la llamada "revolución en libertad", que les niega, también, el ejercicio del derecho de asociación contemplado en la Constitución Política del Estado. ¿De qué valen, entonces, los preceptos de la Carta Fundamental? Ocorre que en la esencia misma del estado burgués está el burlar sus propias leyes básicas.

La sindicación campesina fue una banderola electoral agitada por la democracia cristiana durante la campaña presidencial. Formó parte de un todo en la estrategia planeada por el padre Vekemans. Pero, hay algo más aun, algo que debe ser recordado como muestra inobjetable de la postura ambigua y conciliadora del gobierno demócratacristiano.

El 30 de noviembre del año recién pasado, el señor Frei explicó al país los alcances de las reformas constitucionales propuestas por el Gobierno y enviadas al Congreso. Refiriéndose a los derechos de los trabajadores, propuso, textualmente, "el derecho de los trabajadores a fundar sindicatos y sindicalizarse (sic)". En el texto del mensaje fue mucho más explícito el señor Frei. Dijo: "Es evidente que en esta materia nuestra Constitución ha quedado atrasada en relación a los conceptos sociales vigentes en cuanto a los derechos humanos. A fin de darle cabida, el proyecto que someto a vuestra consideración propone: a) la consagración constitucional del derecho de toda persona al trabajo, a la libre elección del mismo y a una remuneración justa y suficiente que le asegure a ella y su familia un bienestar acorde con la dignidad humana; b) el derecho de los trabajadores a fundar sindicatos y sindicalizarse...".

¿Hay consecuencia entre las palabras de los gobernantes demócratacristianos y sus hechos? Los obreros de la fábrica de candados "Odis" (algunos de los cuales probablemente votaron por el señor Frei) saben, después de casi tres meses de huelga, que el Gobierno no les reconoce su derecho al trabajo. Los campesinos y los trabajadores del Estado saben, ahora, que los parlamentarios de la democracia cristiana, a pesar de que su líder diga lo contrario, estarán siempre contra su derecho a formar sindicatos.

En estas circunstancias, aunque al Gobierno, a la burguesía nacional, al imperialismo y a "El Mercurio", les parezca mal, los trabajadores organizados, la Central Unica, debe seguir luchando intransigentemente contra sus enemigos de clase, en todos los planos, hasta que la emancipación política y social de las masas sea lograda y comience, en Chile, el proceso de edificación del estado revolucionario, democrático y popular de los trabajadores, la sociedad socialista.

M. Garay.